

TERESA DE LOS ANDES, UN LLAMADO AL LAICADO HACIA LA MÁS ALTA SANTIDAD.

"Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo" (Lev 19,2)

Autor: Pedro Sergio Donoso Brant

La palabra "santo" y la "santidad" de la Iglesia.

En su libro "Introducción al cristianismo", el cardenal Joseph Ratzinger, explica qué; "La palabra "santo" no alude primariamente a la santidad en medio de la perversidad humana. El Símbolo no llama a la Iglesia "santa" porque todos y cada uno de sus miembros sean santos, es decir, personas inmaculadas. Este es un sueño que ha renacido en todos los siglos, pero que no tiene lugar alguno en el Símbolo, por tanto, una Iglesia Santa, expresa el anhelo perpetuo del hombre porque se le dé un cielo nuevo y una tierra nueva, inaccesibles en este mundo. En realidad, las más duras críticas a la Iglesia de nuestro tiempo nacen veladamente de este sueño; muchos se ven defraudados, golpean fuertemente la puerta de la casa y tildan a la Iglesia de mentirosa.

Continúa el cardenal Joseph Ratzinger:

"La santidad de la Iglesia consiste en el poder por el que Dios obra la santidad en ella, dentro de la pecaminosidad humana. Este es el signo característico de la "nueva alianza": En Cristo Dios se ha unido a los hombres, se ha dejado atar por ellos. La nueva alianza ya no se funda en el mutuo cumplimiento del pacto, sino que es un don de Dios, una gracia, que permanece a pesar de la infidelidad humana. Es expresión del amor de Dios que no se deja vencer por la incapacidad del hombre, sino que siempre es bueno para él, lo asume continuamente como pecador, lo transforma, lo santifica y lo ama".

"Por razón del don que nunca puede retirarse, la Iglesia siempre es la santificada por él; santificación en la que está presente entre los hombres la santidad del Señor. Lo que en ella está presente y lo que elige en amor cada vez más paradójico las manos sucias de los hombres como vasija de su presencia, es verdaderamente la santidad del Señor. Es santidad que en cuanto santidad de Cristo, brilla en medio de los pecados de la Iglesia. Por eso la figura paradójica de la Iglesia en la que las manos indignas nos presentan a menudo lo divino, en la

que lo divino siempre está presente sólo en forma de sin embargo, es para los creyentes un signo del sin embargo del más grande amor de Dios.”¹

Todos deben vivir “como conviene a los santos”

Como dice el Concilio Vaticano II, “es necesario que todos, con la ayuda de Dios, conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron”². Todos deben tender a la santidad, porque ya tienen en sí mismos el germen; deben desarrollar esa santidad que se les ha concedido. Todos deben vivir “como conviene a los santos”, como escribe San Pablo; “toda impureza o codicia, ni siquiera se mencione entre vosotros, como conviene a los santos”. (Ef 5,3) y revestirse, “Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, (Col 3,12).

La santidad que poseen no les libra de las tentaciones ni de las culpas, porque en los bautizados sigue existiendo la fragilidad de la naturaleza humana en la vida presente. El concilio de Trento enseña, al respecto que nadie puede evitar durante toda su vida el pecado incluso venial, sin un privilegio especial de Dios, como la Iglesia cree que acaeció con la santísima Virgen; “por privilegio especial de Dios, como de la bienaventurada Virgen lo enseña la Iglesia”³ Eso nos impulsa a orar para obtener del Señor una gracia siempre nueva, la perseverancia en el bien y el perdón de los pecados: “perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros hemos perdonado a los que nos ofenden”⁴

Llamado a la perfección por la caridad.

Según el Concilio (Vaticano II), “Todos los seguidores de Cristo, incluidos los laicos, están llamados a la perfección de la caridad”⁵. Esta perfección no es privilegio de algunos, sino compromiso de todos los miembros de la Iglesia, sean estos Presbíteros o un fiel común. Este compromiso por la perfección cristiana significa camino perseverante hacia la santidad. Como dice el Concilio, “el divino Maestro y modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad

¹ Joseph Ratzinger, Introducción al cristianismo, Capítulo III, El Espíritu y La Iglesia

² LG 40

³ Denzinger 833 Can. 23

⁴Mt 6,12

⁵ LG 40

de vida, de la que él es iniciador y consumidor: "Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial.⁶

Por ello, nosotros, todos los fieles, de cualquier estado o condición, estamos llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Precisamente gracias a la santificación de cada uno se introduce una nueva perfección humana en la sociedad terrena: como decía sierva de Dios Isabel Leseur,⁷ "toda alma que se eleva consigo el mundo". EL Concilio enseña que "esta santidad suscita un nivel de vida más humano, incluso en la sociedad terrena"

Es necesario destacar que cada uno puede servir y beneficiar a los demás. Era la recomendación de san Pedro a los cristianos esparcidos en Asia Menor cuando, exhortándolos a la santidad, escribía: "Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios. Si alguno habla, sean palabras de Dios; si alguno presta un servicio, hágalo en virtud del poder recibido de Dios, para que Dios sea glorificado en todo por Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén."⁸

El camino de santidad para los laicos cristianos

También el concilio Vaticano II dice que "una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios"⁹ Así recuerda el camino de santidad para los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los religiosos que aspiran a convertirse en ministros de Cristo, y "aquellos laicos elegidos por Dios que son llamados por el obispo para que se entreguen por completo a las tareas apostólicas"¹⁰. Pero de forma más expresa considera el camino de santidad para los laicos cristianos comprometidos en el matrimonio: "Los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, mediante la fidelidad en el amor, deben sostenerse mutuamente en la gracia a lo largo de toda la vida e inculcar la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas a los hijos amorosamente recibidos de Dios. De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de un incansable

⁶ Mt 5,48

⁷Francesa y una de las figuras más preclaras de la espiritualidad laical dominicana de principios del XX

⁸ 1 Pe 4,10

⁹ LG 41.

¹⁰ LG 41.

y generoso amor, contribuyen al establecimiento de la fraternidad en la caridad y se constituyen en testigos y colaboradores de la fecundidad de la madre Iglesia, como símbolo y participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a sí mismo por ella”¹¹.

Lo mismo se puede y debe decir de las personas que viven solas, o por libre elección o por acontecimientos y circunstancias particulares, como personas solteras, los viudos y las viudas, los separados y los alejados. Para todos vale la llamada divina a la santidad, realizada en forma de caridad. Y lo mismo se puede y debe decir, de aquellos que en la vida profesional ordinaria y en el trabajo cotidiano actúan por el bien de sus hermanos y el progreso de la sociedad, a imitación de Jesús obrero. Y lo mismo se puede y debe decir, por último, de todos los que, como dice el Concilio, “se encuentran oprimidos por la pobreza, la enfermedad, los achaques y otros muchos sufrimientos o los que padecen persecución por la justicia”: éstos “están especialmente unidos a Cristo, paciente por la salvación del mundo” ¹²

Por todo lo anterior, son muchos, por consiguiente, los aspectos y las formas de la santidad cristiana que están al alcance de todos nosotros, los laicos, en sus diversas condiciones de vida, en las que estamos llamados a imitar a Cristo, y podemos recibir de él la gracia necesaria para cumplir su misión en el mundo. Todos estamos invitados por Dios a recorrer el camino de la santidad y a atraer hacia este camino a nuestros amigos y compañeros de vida y de trabajo en el mundo de las cosas temporales.

Servir a los demás, es camino de santidad.

Dice el Señor: “vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.” ¹³ Teresa de los Andes ha comprendido bien este mensaje del Maestro. Todo el mensaje de Jesús tiene ese sentido, el servicio mutuo a nuestros hermanos. Y la caridad comienza por casa. Ella le escribe a su hermana Rebeca, que está de cumpleaños, y le confía su secreto:

¹¹ LG 41.

¹² LG 41

¹³ Jn 13, 1-16

“El Divino Maestro se ha compadecido de mí. Acercándose, me ha dicho muy por lo bajo: “Deja a tu padre y madre y todo cuanto tienes y sígueme”.¹⁴

El deseo de Juanita al revelarles este secreto es inflamarles en ese nuevo amor que ahora tiene:

“hermanita querida! He sido cautivada en las redes amorosas del Divino Pescador.¹⁵

Y luego le pide algo que seguramente sorprendió a su hermana servir a los demás y comenzar por los sirvientes de su casa:

“Diremos a Jesús en la Comunión que edifique en nuestras almas una casita; que nosotras pondremos el material que ha de ser nuestros actos de vencimiento [y] el olvido de nosotras mismas, haciendo desaparecer el yo, que es el Dios que adoramos interiormente. Esto cuesta y nos arrancará gritos de dolor. Pero Jesús pide ese trono y hay que dárselo. La caridad ha de ser el arma para combatir a ese Dios. Ocupémonos del prójimo, de servirle, aunque nos cause repugnancia hacerlo. De esta manera conseguiremos que el trono de nuestro corazón sea ocupado por su Dueño, por Dios nuestro Creador.”¹⁶

Y es el mismo propósito que ella se hace después de participar en su segundo Retiro:

“Quiero desde hoy ser siempre la última en todo, ocupar el último puesto, servir a los demás, sacrificarme siempre y en todo para unirme más a Aquél que se hizo siervo siendo Dios, porque nos amaba.”¹⁷

Teresa de los Andes, un llamado al laicado hacia la más alta santidad.

La vida de la primera santa carmelita de Latinoamérica, Teresa de los Andes, hace hoy un llamado al laicado hacia la más alta santidad. Ella ha oído las palabras del Maestro llamando a todos los hombres a dejarse realizar en Él "en la Unidad" con el Padre, el ímpetu de un mismo Espíritu de amor. Esta alta intuición mística extraída de la lectura del Evangelio e iluminada de lo alto por la plegaria, cogida y asimilada en profundidad por experiencia de amor de esta joven nos debe hacer meditar como está nuestra vida para transitar por caminos de santidad. Y lo interesante, es que ella ha comprendido esto y lo expresa en un sencillo lenguaje accesible a todas las almas, para permitirles caminar por el camino que lleva a lo

¹⁴ 16. Carta a mi hermana Rebeca, 15 de abril de 1916.

¹⁵ 16. Carta a mi hermana Rebeca, 15 de abril de 1916.

¹⁶ Diario 16. Carta a mi hermana Rebeca, 15 de abril de 1916.

¹⁷ Diario 30. Ud. no ha cometido ningún pecado mortal. Quiero servir a los demás, ser santa

alto del monte “para contemplar la honra y la gloria de Dios” (San Juan de la Cruz) desde aquí abajo y en medio de las tareas más ordinarias o comunes de nuestra vida.

En una carta a su madre ya en el convento de Los Andes el 4 de julio, 1919:

*“Aprovechemos para enriquecernos el momento de la comunión. Bañémonos en esa fuente de santidad y pidámosle el mundo entero de las almas, porque no nos sabrá decir que no.”*¹⁸

En una carta a su hermana Rebeca desde el convento, el 12 de julio de 1919 (Un día antes de su cumpleaños) le pide a su hermana que aproveche esta oportunidad y que sea santa:

“Me faltan palabras, hermanita, para expresar la dicha divina que experimento. Siento al Infinito, al Eterno, al Santo todopoderoso, al sapientísimo Dios, unido con la nada pecadora. Entonces adoro y más amo. Entonces es cuando el alma se siente pura. Está en la fuente de la santidad.”

*“Amémosle, hermanita, porque su bondad y su misericordia son infinitas. ¡Cómo ante ese amor desaparece el nuestro miserable, que no sabemos hacer el más leve sacrificio por nuestro Dios, después que nada nos ha rehusado desde una eternidad! Aprovecha, hermanita, esos instantes para hacerte santa. Fíjate que estamos unidas enteramente a la santidad infinita. Pídesela. ¿Qué te podrá negar cuando está loco de amor por ti, ya que se ha reducido a hostia o nada para llegar hasta ti? Pídele que lo conozcas y que te conozca.”*¹⁹

A su amiga Elena Salas González, le invita a ofrecerse a Él con amor para cumplir su adorable voluntad, ese el plan de santidad que ella concibe.

Querida Elena: ¿Qué te parecen mis proyectos? ¿No encuentras que son demasiado ideales para mí que soy tan miserable? Cuando pienso en las grandezas que se encierran en la vocación me confundo y no sé cómo agradecerle a N. Señor el haberse fijado en una criatura tan ruin.

Dime, ¿hay algo más grande sobre la tierra que el Dios eterno, inmutable, el todopoderoso, busque en la tierra un alma para hacerla su esposa; busque un corazón humano para unirlo a su Corazón Divino. Si Dios a cada instante se nos da con amor infinito, ¿no nos corresponde a nosotros, criaturas miserables, darnos a Él con todo nuestro ser, de modo que

¹⁸ Carta 113 A su madre, Los Andes, 4 de julio, 1919

¹⁹ Carta 114 A su hermana Rebeca, 12 de julio de 1919

todas nuestras obras vayan dirigidas a Él con toda la intensidad de amor de que somos capaces? Ofrecernos a Él con amor para cumplir su adorable voluntad, he ahí el plan de santidad que concibo. Dios es amor, ¿qué busca en las almas sino amor? Antes de cada acción debemos darle una mirada. Él está en nuestra alma, ¿con quién podemos estar más unidas? Allí ofrezcámosle hacer aquella acción, no por los pecadores, ni con ningún interés, sino porque le amamos.²⁰

Pedro Sergio Donoso Brant

www.santateresadelosandes.cl

²⁰ 40. A Elena Salas González